

Costa Rica, presente en la novela

Desde las meridionales tierras que baña el río Paraná y por gentileza del novelista y actor Carlos Catania, nos llega un artículo que recogió la sección literaria del periódico «El Litoral» de Santa Fe, en octubre de 1991.

Aunque viejo el recorte, la precisión de los conceptos y la redonda armadura del artículo justifican su divulgación en Costa Rica en el momento que sale al mercado la segunda edición del libro en comentario.

MYRIAM BUSTOS ARRATIA

Carlos Morales es un talentoso periodista interpretativo costarricense, de mediana edad, que

antes de los treinta ya había publicado un trío de libros importantes, aunque no literarios. Pero siempre soñó con escribir una novela. Y ya la tiene, incluso, publicada, por la editorial de la Universidad de Costa Rica. Se titula *Los sonidos de la aurora*.

La obra ha pasado por once versiones antes de editarse en su forma actual, y es producto de una experiencia cumbre en la vida de su autor: su contacto con Nicaragua desde los años que precedieron la revolución sandinista de 1979 y su vivencia diaria de los acontecimientos que siguieron, conocidos en el mismo escenario de los hechos, como profesional enviado por el medio escrito para el que laboraba, sensibilizado a cuero vivo por la realidad que se vivía en el país vecino, cuyo rumbo

es de sobra conocido *urbi et orbi*.

Desde que se enfrentó -casi como un luchador más- con la empresa revolucionaria que envió al último Somoza al destierro que posteriormente lo silenció para siempre, empezó a gestarse en él la idea de la novela. Y comenzó la ardua tarea investigadora de lo que no podía ver por sus propios ojos, necesaria para posesionarse de la realidad sobre la cual iba a enraizarse la ficción. Quien lea la obra, podrá intuir la concienzuda y titánica tarea informativa que realizó el autor. Recurrió a todos los documentos escritos existentes (en especial, a los periódicos de esos años), se entrevistó con muchas personas que podían entregarle un testimonio o un punto de vista valioso, revisó diccionarios de nicaragüenismo y fue llenando sus libretas de apuntes con cuanto término desconocido oía en boca de los nativos en cada uno de sus numerosos viajes hacia la tierra de Darío (que al principio fueron de trabajo, para convertirse, después, en expediciones de escritor que husmea, palpa y sopesa los materiales con que construirá la obra). Entonces levantó una novela (a lo largo de varios años) en que él habla de los nicaragüenses es tan auténtica en su léxico y sintaxis como la de los costarricenses que figuran también en el relato como personajes. Y esta diferencia lingüística se traduce -como tiene que ser en distintas maneras de ver el mundo, de representarlo, de expresarlo.

El relato transcurre en los dos países: Nicaragua y Costa Rica, y abarca varios años: desde los postreros de la tiranía somocista hasta el momento en que se conoce -en la patria del autor y de los protagonistas- que una bomba ha disparado en mil pedazos al otro mundo, en Paraguay, al dictador, un justiciero *finis coronat opus*.

El resultado es una novela política, desde luego; y si es política, es, inevitablemente, de denuncia, no solo de la dura realidad vivida por el pueblo de los zenzontles, zanates y pocolos nunca silenciados, desde años que se escurren en los cielos de este siglo, sino también del país que dicen «la Suiza centroamericana».

El autor no ha rasurado su pluma para retratar a su patria, corroída por el servilismo de los distintos gobiernos con los Es-

tados Unidos, tocando fondo por la corrupción de los políticos y de los poderosos alimentados y retroalimentados sin asco por los medios de comunicación social, vendidos estos a sus intereses económicos y comercia patrias hasta los últimos zumos de la exquisita copa en que liban. Por cierto, quienes estamos viviendo en la tierra de Morales desde el momento mismo en que arranca históricamente su novela, identificamos sin problema alguno al diario «El Comercio» al diario «La Patria», para los que laboran los dos periodistas costarricenses protagonistas del relato. Cada sitio real que menciona -a veces con su mismo nombre- se nos configura visualmente entre líneas a medida que leemos. Cada descripción que incluye nos permite -con sus contenidos y nuestro conocimiento del referente- «ver» de inmediato el objeto. Entonces la historia narrada, para nosotros, se torna más auténtica, más vívida, pues en su escenario se posan esos mismo señores cuyo nombre y fotografías vemos -o hemos visto, hace un tiempo- en los periódicos o en la televisión.

Nada de lo que anoto significa que Morales haya escrito una crónica o un

texto histórico. No hay tal: la trama, el argumento, es completamente original y muy interesante para el lector: hay suspense, encuentros amorosos, conflictos personales y derivados del afán de ser consecuente con los propios principios y el choque de esta actitud con las exigencias de los dueños de la empresa para la que se trabaja; o producidos por la sobrevaloración del bienestar económico propio y familiar, en desmedro de una ética siquiera mínima. Hay procesos psicológicos de cambio personal excelentemente descritos y narrados. Y muchísimo más, todo ello construido con instrumentos literarios de buena ralea e indudable modernidad, entre los que las perspectiva múltiples, las voces distintas y diferenciadas, los saltos témporo-espaciales y otros recursos confirman el claro concepto de texto estético que posee el novelista, cuyo lenguaje se metamorfosea según las exigencias de la situación narrada y alcanza vuelos poéticos de artística altura.

Con esta obra, Carlos Morales toma el lugar que le corresponde por mérito entre los representantes de la gran novela latinoamericana. De la comprometida, ciertamente. □

